

JANE SMILEY

Una advertencia

TRADUCCIÓN DE CE SANTIAGO

narrativasexto piso



Una advertencia
JANE SMILEY
TRADUCCIÓN DE CE SANTIAGO



sextopiso

1953

El funeral fue un revuelo de flores exuberantes. No solo de lilas, también hubo narcisos y tulipanes y ramilletes de flores de manzano y de peral. Frank Langdon estaba sentado con su hija, Janny, a la altura del sexto banco a la derecha. Su mujer, Andy, y los gemelos, de dos meses, obviamente no habían podido viajar a Iowa. Janny, de dos años y medio, estaba portándose bien. Frank retiró la mano de la rodilla de la niña y ella no dijo nada. Los llantos contenidos se elevaban entrecortados a su alrededor. La hermana de Frank, Lillian, su marido, Arthur, y sus cuatros hijos estaban dos bancos más adelante, a la izquierda. Su madre estaba sentada en primera fila, con la mirada al frente. La abuela Elizabeth estaba sentada a su lado, sola: el abuelo Wilmer murió en verano. En los nueve meses siguientes, la abuela había estado en Kansas City, en San Luis y en Minneapolis. A su madre le gustaba chasquear la lengua y decir con segundas:

—Está en su apogeo, ¿eh?

El bebé de su hermano Joe, de la misma edad que los gemelos, pesaba lo que los otros dos juntos. La mujer de Joe, Lois, y su hermana, Minnie, se pasaban a la niña la una a la otra para que se estuviese callada. Frank miró a Minnie unos instantes. La conocía de toda la vida, fueron juntos al colegio durante años, siempre supo que estaba de su parte. Quizá todavía lo amara. Frank carraspeó. La niña se llamaba Annie. Janny nunca se hartaba de ella: le hablaba y le acariciaba la cabeza siempre que tenía ocasión. Al otro lado del pasillo, a la altura de Minnie, estaba el hermano de Frank, Henry, su tía comunista, Eloise, y la hija de Eloise, Rosa. Su hermana Claire

—de catorce años, nueve más joven que Frank— no paraba de volver la cabeza para mirar a Rosa, y era normal. A sus veinte años, la chica estaba en su plenitud, era seria y esbelta y tenía la presencia de una actriz francesa. A su lado, Henry, que le sacaba unos meses escasos, parecía una niña, Claire parecía una oveja, e incluso Andy, que era más glamurosa, parecía un espantajo. La tía Eloise nunca había sido tan atractiva como Rosa. Frank apartó la mirada. Era el funeral de su padre.

Después del entierro —Janny quiso ir de una tumba a otra para oler los narcisos florecidos; su padre no se lo impidió—, Frank calculó que llevaba ocho horas seguidas sosteniendo la sonrisa de pena. Tenía una copa en la mano, whisky con soda; se la había servido Minnie, que ahora era subdirectora del instituto y vivía allí, cómodamente al parecer, con Lois y Joe. Frank observaba a los vecinos que entraban y salían. La casa, mucho más grande que en la que se habían criado, la habían limpiado a conciencia. El famoso comedor con puertas correderas acristaladas que había sido la envidia de los granjeros de Denby, Iowa, durante toda la infancia de Frank, conservaba el florido papel pintado y las sólidas molduras. Mientras examinaba las ventanas de doble hoja, se le acercó Arthur Manning, como si no fuesen más que unos cuñados que casualmente habían coincidido en el entierro de un familiar. Frank se preguntaba con frecuencia si su hermana Lillian tenía alguna idea de las cosas que su marido hablaba con él, o de los encargos que le hacía.

Arthur sostenía a Tina contra su hombro. La niña tenía tres meses ya, era enjuta y activa, como si planeara salir por la puerta en cualquier momento. Arthur llevaba la chaqueta de tweed adornada con un pañal doblado. Meneaba y tranquilizaba al bebé con la confianza de un buen deportista al chutar un balón, como si su elegancia experta y su evidente éxito reproductivo fuesen la cosa más sencilla del mundo. Tina babeaba y farfullaba, perfectamente despierta y sin llorar. Algo que Frank admiraba.

—¿Qué tal están Richie y Michael? —dijo Arthur.

—Ahí van —dijo Frank.

—¿Qué edad tienen ya?

—Un mes. Pero se adelantaron cuatro semanas y pico, o sea que son unos recién nacidos.

—Prematuros —dijo Arthur, con gesto serio, y Frank sonrió con sinceridad.

—Menos mal que mi madre no los ha visto aún. Igual propone dormirlos. —Arthur enarcó las cejas—. Mi madre es muy estricta con los bebés. Si no estás de buen ver, podrías tener algo contagioso. —Arthur le dio a Tina un beso en la frente—. Descuida, Arthur —dijo Frank—, Tina se salva.

Arthur se rio. Pero Frank lo tenía claro: incluso en el funeral de su padre, su madre repartía las palabras y las sonrisas como si fuesen participaciones accionariales. Annie y Lillian eran las preferentes; Timmy, el mayor de Arthur, con seis años, se llevaba las acciones ordinarias de tipo A; Debbie, con cinco años, Dean y Janny, ambos con dos y medio, las acciones ordinarias de tipo B: poco riesgo, pero también pocos dividendos. Tina, que aún estaba a tiempo de salir rubia, podría aumentar o disminuir de valor. En cuanto a Frank, en fin, él había montado su propia empresa y su madre apenas había invertido en ella: un besito en la mejilla para confirmarle que todo iba a salir bien. Frank bajó la voz:

—¿Has hablado con Eloise?

Arthur meneó de nuevo a Tina.

—Hemos brindado, pero no hemos intercambiado palabra. —También en voz baja.

—¿No os felicitasteis cuando murió el tito Joe?

Stalin había muerto un par de semanas atrás.

—Creo que sí.

—¿Tu organización tuvo algo que ver?

—No que yo sepa —dijo Arthur, en tono serio—. Pura chipa, imagino. Pero nos apuntaremos el tanto si nos lo proponen. —Se pasó a Tina al otro hombro—. Aunque a lo mejor da igual. No hay indicios de que hayan cambiado las cosas o hayan rebajado sus ambiciones.

Frank asintió.

—¿Sabes qué decíamos en la guerra? —dijo luego—. Mueren dos rusos, aparecen cuatro más. ¿Por qué iba a ser distinto con Stalin?

—Sabes que mientras Hitler y Stalin se hacían carantoñas, Hitler le ofreció Irán, ¿no?

—No lo sabía.

—Pues sí. Y ahora Mossadeq odia tanto a los británicos que él también va a tirar por ahí. Lo que haga Irán, lo harán los demás.

—Truman les habría dejado hacer —dijo Frank—. Les dejó hacer en Europa del Este. A ver si Ike tiene más pelotas.

—Zorin* está ahora mismo en Teherán. Estuvo en Praga en el cuarenta y ocho. Los golpes de Estado son su especialidad.

Frank en parte esperaba que Arthur le pidiese que hiciera algo, pero era incapaz de imaginar qué. Jim Upjohn, el inversor más ducho que Frank conocía, había invertido un dinerito en la petrolera Getty hacía poco, pero Getty tenía sedes en Kuwait y Arabia, no en Irán.

—Estoy para meterme en la cama. ¿Y tú? —dijo Arthur.

—Siempre —dijo Frank.

Pero habían servido la cena. Una vez sentados, Janny entre él y Minnie, que no dejaba de ponerle pedacitos de comida en el plato, la niña pareció animarse. Se comió todo lo que Minnie le dio, y pidió más maíz enlatado. Había comida de sobra, para variar: ternera estofada, alubias, bollitos, las patatas más nuevas del mundo, bizcocho. Cuando todos estaban hasta los topes, Joe contó una anécdota del muerto, de esas que se suelen contar en las cenas familiares después de un funeral.

—Una vez, papá me subió a nuestro caballo, Jake, y me guio hasta el manzano para que cogiera manzanas. Yo se las pasaba, y él las metía en un saco viejo de pienso.

* Valerián A. Zorin (1902-1986), diplomático soviético; ayudó al Partido Comunista checo en el Golpe de Praga. [Todas las notas son del traductor.]

—Ay, eran manzanas negras de Arkansas —dijo Rosanna—. Buenísimas. Pero solo daban cada dos años.

—Rosanna, cuando Walter se presentó para pedirte matrimonio, recuerdo que llevaba un sombrero rarísimo —dijo Eloise.

—¡Era un derby! —exclamó Rosanna—. Muy estiloso.

—Lo vi desde la ventana. Creí que llevaba un turbante.

—¿Por qué parecía un turbante? —dijo Rosanna.

—¡No lo sé! Tampoco he visto un turbante en mi vida.

Todos se rieron.

—¿Y lo de la serpiente de cascabel? —dijo Minnie.

—¿Qué serpiente de cascabel? —dijo Joe.

Frank lo recordó de repente.

—Frankie y yo estábamos cogiendo judías verdes —dijo Minnie—. Teníamos siete años o así. Había una serpiente al pie del cercado, a un paso de donde estábamos. Walter debía de estar vigilándonos, porque, en cuanto grité, apareció con un rastrillo de mago largo y ensartó la cabeza de la serpiente en el suelo. Salimos corriendo. No sé qué hizo Walter con la serpiente.

—Le cortó la cabeza con una azada. Recuerdo que me dijo que la cabeza cortada todavía te podía picar —dijo Frank.

—¿Tú recuerdas algo, mamá? —dijo Debbie.

—Bueno —dijo Lillian—, una vez, cuando trabajaba en la cafetería, estaba en el mostrador ya de noche, haciendo la caja, y una persona se sentó a mi lado, y como que se inclinó hacia mí, así que me aparté sin quitarles ojo a las sumas; y él se inclinó hacia mí un poco más, así que me aparté un poco más, y me dio un codacito en el costado; así que me giré en redondo para decirle al tipo que me dejara en paz y era mi padre, con una sonrisa de oreja a oreja por la broma que acababa de gastarme. Estuvimos riéndonos hasta que llegamos a casa.

Debbie asintió. Frank nunca había imaginado que Walter fuese de gastar bromas.

—Cuando tenía nueve años o así —dijo Henry—, salimos una mañana por la puerta de atrás y papá me dijo: «Fíjate».

Estaba señalando algo. Luego trazó una curva con el dedo y dijo: «¿Has visto cómo brilla?», y era una telaraña gigante cubierta de rocío. Debía de medir como tres metros, era perfecta.

Claire empezó a llorar.

—Pudimos haberlo perdido hace mucho tiempo —dijo Rossanna. Se secó los ojos con el dobladillo del delantal.

Todos se levantaron.

Ella asintió.

—Papá se cayó al pozo. Estaba de pie en la tapa, la del pozo viejo, y se rompió. Extendió los brazos y se sujetó. Ese que está junto al granero, es un pozo profundo. Salió trepando y nunca le dijo una palabra a nadie hasta hace un par de años. Me contó que se quedó allí colgado, intentando decidir. Le pregunté: «Walter, ¿qué intentabas decidir?». Me dijo que intentaba decidir cómo salir, pero estoy segura de que intentaba decidir si salir o no, porque, cuando la Depresión, parecía que las únicas opciones eran una muerte lenta o una rápida, si lo sabré yo. —Meneó la cabeza—. En fin... Tuvimos veinte años más, es lo que me digo. Es lo que me digo.

El recuerdo que a Frank le vino de su padre fue cómo le bajaba los pantalones a tirones para pegarle con el cinturón; no recordaba el dolor, solo la figura imponente de Walter, cómo se le tensaban y se le hinchaban los músculos del antebrazo, las palabras al compás de los golpes, la imagen en primer plano del dorso velludo de su mano.

Louis MacIntosh se parecía como mínimo a diez personas que Frank conocía; esto es: no era alto, ni gordo, ni delgado, ni guapo, ni feo, ni moreno, ni rubio. No se extrañó al ver aparecer a Frank y a Arthur en la base aérea de Stewart al anochecer, de ahí que Frank se preguntara qué le habría contado a MacIntosh su director. Subieron al avión, un De Havilland Comet, un aparato de aspecto aerodinámico (Frank se consideraba un experto aficionado o algo por el estilo; trabajaba

para la Grumman y llevaba un año recibiendo clases de vuelo). Tenía pintada una única franja azul a lo largo del fuselaje, pero ninguna otra marca identificativa. Había diez asientos en cada lado del pasillo, y en cada asiento una bolsa de lona sin distintivos, sujeta bajo el cinturón de seguridad. Los asientos de Frank y Louis estaban detrás de los de las bolsas; el lavabo estaba detrás de sus asientos. Frank no llevaba maleta, tampoco Louis. Cuando Arthur se fue, alguien cerró la compuerta del avión y alguien lo hizo volar, pero Frank no se cruzó ni encontró a nadie de la tripulación. Tras el despegue, solo vio el esbozo de un ocaso plomizo al oeste, por detrás de los bultos oscuros de las montañas Catskill.

Raro en él, Frank no sentía nada hacia MacIntosh, pero quizá fuera porque a Frank se le daba mejor captar los detalles desde cierta distancia. Los dos estaban sentados en silencio, separados por el estrecho pasillo. Las sacas de lona con dinero eran idénticas: las hebillas abrochadas, la parte superior bien remetida, el contorno de los fajos que había dentro apenas se distinguía. Quienquiera que hubiese preparado los diez millones de dólares que Arthur aseguraba que contenían, pensó Frank, era una persona esmerada. Louis se amodorró.

Volaron hacia el este. El Comet era un avión silencioso. Despertó el interés de Frank la manera en que habían instalado los motores: no bajo las alas, tal y como estaba acostumbrado, sino dentro. Y las propias alas le recordaban a las de una especie de pájaro en vuelo rasante; una golondrina, quizá.

Cuando Louis se despertó, meneó la cabeza y miró a su alrededor, luego se retrepó en su asiento con un gruñido. Un momento después, se levantó y entró en el servicio. En cuanto Frank oyó el cerrojo, se puso de pie. Registró todos los bolsillos de la chaqueta de Louis, que estaba sobre el respaldo del asiento, y luego todos los de su abrigo, que estaba doblado dentro del compartimento superior abierto que tenían encima. No había cartera; Louis la tendría en los pantalones. Tampoco maletín. Miró en el bolsillo del respaldo de delante de Louise y metió la mano debajo del asiento. Nada. Cuando se

abrió el cerrojo de la puerta del lavabo, Frank se sentó de nuevo y miró por la ventanilla. Abajo, el Atlántico inmenso, negro bajo las cascadas de estrellas del interlunio.

En aquella ocasión, Frank había intentado excusarse. El «encargo» previo que Arthur le había hecho a Frank fue interesante y le vino bien, y haber conocido a Jim Upjohn había sido quizá una de las mejores cosas que le habían pasado en la vida; Jim Upjohn no era solo un buen amigo y un gran contacto, también era un excéntrico inagotable, fascinante como solo podía serlo un hombre rico en el centro de lo que la tía Eloise llamaba «la clase dirigente». Este trabajo —hacer una entrega a muchos kilómetros de distancia— carecía de objetivo aparente (al menos para Frank) e interrumpía seriamente su rutina. Como de costumbre, la única recompensa era contentar a Arthur, y recibir su gratitud; y cuando Arthur lograba captar tu atención, podía resultar muy persuasivo.

Pero las reservas de Frank fueron solo momentáneas. Solo tuvo que pensar en pasar otra noche en casa con Andy, Janny y los gemelos (que apenas tenían seis meses, seis meses que se le habían hecho una eternidad; y que más bien parecían quintillizos, de tanto pensar, despierto o dormido, en nada que no fuese darles de comer, pañales, baños, flatos, llantos). Andy siempre estaba o atendiendo a uno o en la terraza de atrás, fumándose un cigarrillo. Había dado la talla, era indiscutible: las niñeras que habían contratado durante dos meses le habían enseñado a planificar cada momento, ya fuese suyo o de los gemelos; los niños estaban creciendo sanos, pero a costa de todo lo que fuese placentero o fácil. Tras muchos titubeos, él y Andy se habían comprado una casa en invierno. Era espaciosa y moderna, tenía dos pisos, muchas ventanas, mobiliario a la última y suelos enmoquetados. En verano y primavera resultaba igual de lúgubre que el enero en que se mudaron. Hacer aquel trabajo para Arthur era como jugar al hockey (como regresar a su yo más joven, más avisado, más radiante y más inquieto). Ojalá Andy —la Andy de hacía dos años— hubiese podido acompañarlo.

Cuando hicieron escala en Cerdeña para repostar, quiso dar una vuelta, oler el aire. Cómo se llamaba aquella chica, su amor platónico... Joan, sí. Joan Fontaine, la había llamado. Una puta. Pero era una tontería soñar con una mujer que ya no existía; en su lugar, permaneció sentado en silencio y esperó a que Louis tomara la iniciativa. Cuando la puerta se abrió, Louis se levantó y salió a paso ligero. La luz de fuera era mediterránea, sin duda. Costaba creer que no hubiese estado en Italia o en Francia desde la guerra. Había dado por hecho que Italia no habría cambiado o no se habría recuperado desde que inspeccionó tal ciudad bombardeada o tal casa reventada, en busca de boches. Había tachado de rumores infundados las historias de los periódicos de mejoras tras la guerra sin ser consciente siquiera. El aeródromo estaba desierto, no era más que una larga franja de hormigón con una torre rudimentaria en un extremo, no lejos de los tanques de combustible.

Louis bajó encorvado la escalera. Frank entró en el lavabo y orinó sin tirar de la cadena: habría acabado todo en el asfalto. Regresó a su asiento y se comió la mitad de su sándwich. Cuando Louis volvió, traía un par de Coca-Colas. Frank cogió una.

Louis se sentó y se abrochó el cinturón de seguridad.

—Esto me recuerda a la guerra —dijo Frank.

—¿Estuviste en el frente de Europa?

—Primero en África —dijo Frank—, luego en Italia.

Alguien cerró la compuerta. Frank oyó a la tripulación gritar algo.

—Yo en el Pacífico. En Midway. Filipinas. Nimitz era un gran hombre.*

—No había tantos grillos en aquella jaula —dijo Frank—. En su momento, yo era un gran defensor de Devers, y no sabía bien por qué Ike nos detuvo en Estrasburgo, pero ahora entiendo un poco mejor lo que significa quedarte sin gasolina.

Louis asintió.

* Chester W. Nimitz (1885-1966), almirante y comandante en jefe de las tropas estadounidenses en el Pacífico durante la Segunda Guerra Mundial.

—Creo que a vosotros os tocaron las prima donnas —dijo luego—. Montgomery era un cretino.

Los dos olisquearon a la vez. El avión empezó a acelerar por la pista de despegue y Frank volvió la cabeza para mirar la playa y luego el mar, mucho más pálido allí.

—No puedo decir que me sienta cómodo en este avión —dijo Louis.

Frank se volvió para mirarlo.

—¿Por qué no?

—El accidente del BOAC en Calcuta.*

—No he oído nada de un accidente en Calcuta.

—¿No? El pasado mayo. Murieron todos, tripulación, pasajeros, todos.

Frank miró de nuevo por la ventanilla, hacia los motores.

—Esto es lo que da más repelús, creo yo —dijo Louis—. Dicen los testigos que cuando el avión cayó al océano Índico, estaba ardiendo —Frank no pudo evitar mirarlo—, y que le faltaban las alas. Yo solo digo una cosa: esperemos que no nos crucemos con ningún huracán.

—Esperemos —dijo Frank.

Se quedaron callados. Y era raro que estuviesen usando un avión inglés, dada la supuesta antipatía que los iraníes sentían hacia los británicos. Por otro lado, era el avión más rápido al que Frank había subido en su vida; el doble de rápido, si se contaban el despegue y el aterrizaje, que un DC-6. Frank miró por la ventanilla, por debajo de las alas esta vez, e imaginó cien mil billetes de cien dólares revoloteando por los aires.

El sol se ponía de nuevo; Frank consultó su reloj. Para él, eran alrededor de las nueve o las diez de la mañana, pero allí, donde terminaba el Mediterráneo y Asia empezaba, la caída de la noche empezaba a oscurecer el cielo enrojecido.

* El avión del accidente, el 2 de mayo de 1953, también era un De Havilland Comet, británico.

Se había adormilado, y, pese a su estado de alerta, había descansado con la cabezada, que no solo lo había trasladado a sus días en el norte de África sino también a lo que se sentía con veintiún años en vez de con treinta y tres. Se desabrochó el cinturón de seguridad, se levantó y dejó escapar un bostezo. Ladeó la cabeza y se dirigió al servicio, abrió la puerta, entró. Se tomó su tiempo, pero no mucho, y luego se levantó, tiró de la cadena, esperó un poco más. Abrió la puerta. Louis seguía sentado igual que casi todo el trayecto: releendo su ejemplar de *The Saturday Evening Post*. Frank vio enseguida que el ángulo del pliegue superior de la tercera bolsa por la derecha —del lado de Frank— era ligeramente distinto. Y la hebilla del centro antes no estaba tan ceñida. Las otras dos hebillas estaban intactas. Para eso lo había contratado Arthur: para que se fijara en las cosas. Frank se sentó de nuevo. Louis no le prestó atención. Frank no tenía ni idea de qué técnicas de autodefensa manejaba Louis. Tampoco tenía ni idea de hasta qué punto las suyas se habrían deteriorado desde que tenía veintiún años y era capaz de sujetar la mano de un tipo antes casi de que el tipo decidiera lanzarle un puñetazo.

El Comet aterrizó en una oscuridad distinta de la oscuridad estadounidense: era mucho más densa, no había resplandor de ciudades cercanas ni farolas, ni siquiera focos abriéndose paso de un espacio vacío hasta el siguiente. Dondequiera que hubiesen aterrizado —era 13 de agosto, casi 14—, Frank sabía que estaban en algún lugar de Irán, pero no era una base ni un campo petrolífero. Era un lugar silencioso que olía a seco. Se abrió la puerta. Tres hombres subieron las escaleras y empezaron a llevarse las sacas. Cuando uno de ellos cogió las dos últimas de las diez sacas, Louis se levantó y lo siguió. Frank se levantó y siguió a Louis. Louis llevaba la chaqueta puesta, y cuando llegó a las escaleras, se puso el abrigo, pero eso no impidió que Frank advirtiera el contorno rectangular apenas discernible en el pecho de Louis.

Al pie de las escaleras, Louis echó a trotar como si nada. Los tres hombres con las sacas se habían desdibujado en la

oscuridad, desvanecido casi. Frank alcanzó a Louis enseguida, lo agarró de la muñeca y se la inmovilizó con fuerza contra la parte superior de la espalda. Louis gruñó.

—Puedo romperte el brazo, Louis, sin pestañear.

Louis se retorció, y Frank le levantó el brazo más aún. Louis se inclinó hacia delante, y Frank lo rodeó con el brazo izquierdo y le pasó la mano por debajo del abrigo y la chaqueta. Palpó el rectángulo rígido y lo sacó. Solo había uno. Se apartó de Louis y revisó el fajo. Louis trastabilló sin llegar a caerse, pero lo único que hizo fue apretarse el hombro y frotárselo con la mano izquierda.

—Me lo has dislocado —dijo.

—¿Quieres que te lo recoloque?

—¿A ti qué cojones te importa, Freeman? La pasta no es tuya.

Frank sonrió. Arthur lo había vuelto a bautizar.

Se detuvo un coche, un modelo indeterminado y antiguo pero sólido. El conductor bajó y abrió el maletero; apilaron dentro las diez bolsas con el dinero. Cerraron el maletero. Luego el conductor abrió la puerta trasera del lado del acompañante y Louis subió. El conductor cerró la puerta. El conductor tenía barba. No dijo nada. Los tres hombres que habían acarreado las bolsas se acercaron y se quedaron bastante cerca de Frank; tan cerca como, digamos, se pondría un neoyorquino más cerca de lo que se pondría un oriundo de Iowa. Se sintió ligeramente incómodo. Pasados dos minutos, la puerta del coche se abrió de nuevo y Louis bajó. El hombre que Frank tenía a la izquierda le indicó con gestos que subiera. Frank subió. La puerta se cerró con un golpe seco.

El tipo del coche llevaba un uniforme del Ejército de los Estados Unidos, con dos estrellas en el cuello de la camisa. Le tendió la mano, y Frank se la estrechó.

—Señor Freeman. Gracias por su ayuda. Arthur habla maravillas de usted, y sabe Dios que sin Arthur no podemos hacer nada, ni dar un paso. Si este tinglado sale adelante, tendremos que agradecersele a Arthur una vez más. —Carraspeó—. La cosa pinta complicada por ahora, he de decir. Para mí es un

misterio por qué ha tenido que ponerse todo tan feo en agosto. Debe de ser la mano oculta de la amenaza soviética. ¿Algo de lo que informarme?

Frank meneó la cabeza.

El hombre clavó sus ojos en él, la dureza de su mirada contradecía su tono desenfadado. Pero ¿cuánto tiempo llevaba mintiendo Frank? Desde que aprendió a hablar.

—Una operación rutinaria, señor —dijo por fin.

El hombre asintió. La pistola que llevaba bajo la axila le abultaba la chaqueta. Frank esperó a que extendiera la mano para pedirle el fajo de billetes, pero no lo hizo. Se frotó la frente, como si le doliera la cabeza.

—En fin —dijo—. MacIntosh se queda aquí conmigo. Creo que usted regresa vía Mallorca. ¿A Cuba? No me acuerdo. He ordenado que suban comida al avión. Buena suerte.

El hombre dio unos golpes al techo del coche y la puerta trasera del lado del acompañante se abrió. Cuando Frank bajó, estaba solo junto al avión. Louis y los tres hombres no estaban, luego el coche enorme arrancó y también se alejó. Se hizo un silencio sepulcral. Incluso el aire estaba quieto. El único movimiento era el de dos pájaros gigantes, seguramente unos buitres o algo así; se posaron a unos treinta metros y picotearon una osamenta durante un minuto, luego se elevaron de nuevo con torpeza. Frank ya había visto buitres, pero mientras los observaba, algo en el ambiente y en la luz penetró en él y lo aterrorizó. La tripulación del avión podía dispararle sin problema y abandonarlo allí; en un día o dos no quedarían más que huesos. Pero no era eso, en realidad. Miró hacia arriba, hacia el sinfín de estrellas en el cielo plano, y no reconoció ninguna, ni la Vía Láctea ni la Osa Mayor, ni siquiera, por un instante, la rodaja tipo plato que era la luna. Durante treinta y tres años, había pensado que lo desconocido era algo agradable. Ahora, esa idea se desvaneció en un milisegundo. Tragó con dificultad, luego se pasó la mano por el lateral del pantalón y palpó el fajo de billetes que tenía en el bolsillo. Su paga. Era reconfortante.

Cuando aterrizaron en Stewart, su reloj llevaba un tiempo parado. Arthur estaba allí, como si no se hubiese ido en ningún momento, al pie de las escaleras.

—Bonito avión —dijo Frank.

—Es prestado —dijo Arthur.

Frank cogió la mano derecha de Arthur y la plantó en el fajo de billetes de cien dólares. Arthur apenas los miró, se los metió en el bolsillo sin más.

—¿Viste a McClure? —dijo.

—¿El general de división?

Arthur asintió.

—Cuéntame lo que dijo.

—Bueno, me dio las gracias por ir, y...

—No, me refiero a las palabras exactas.

Frank repitió todo lo que el general le había dicho, entendiendo enseguida que ese era el motivo por el que Arthur lo había enviado: su memoria eidética. No tenía ni idea de qué otro significado tenía todo aquello para el gobierno y sabía que Arthur no iba a decírselo. Aun así, le preguntó.

—¿Para qué es el dinero?

—Para un levantamiento popular —dijo Arthur.

Frank creyó ver el esbozo de una sonrisa, pero nada más.

Arthur lo dejó delante de su casa de dos pisos al amanecer. Recogió el periódico, entró sin hacer ruido por la puerta de abajo y fue a la cocina. Todo estaba en silencio por una vez. En la página dos, el periódico anunciaba que Mossadeq había ganado las elecciones en Irán. No se mencionaba ninguna revuelta, pero cuando dieron el golpe de Estado —Mossadeq salió del país antes de que acabara la semana—, Frank no pudo parar de pensar en aquel peón, Louis MacIntosh, el tipo de persona a la que Frank no le habría confiado ni la compra de un cartón de leche en la tienda de la esquina.

Cuando regresó a Iowa City para el primer cuatrimestre, Henry Langdon fue a un local en Iowa Avenue en el que vendían

antigüedades y no dejó de buscar hasta que encontró una caja de madera con cerradura (y llave) para guardar las cartas de su prima Rosa (desde Berkeley) y copias a carbón de las que le había enviado él. Las suyas estaban mecanografiadas, pero las de ella estaban escritas a mano. Lo de escribir a máquina le había planteado un verdadero dilema; uno querría que sus papeles personales estuvieran escritos a mano, porque así, en fin, eran más personales, y también porque, a partir de tu letra, los futuros estudiosos de la literatura (la carrera para la que Henry estaba preparándose) podrían hacerse una idea mejor de tu personalidad y tu carácter que con papeles mecanografiados. Pero era casi imposible sacar a carbón una buena copia a mano, y con la máquina de escribir era fácil. La caja era barata pero espaciosa. Puso dentro las cartas por orden de escritura —suya, de ella, suya, de ella—, y luego, encima, el dólar de oro con la cara de un indio que su padre le había regalado. La fecha del dólar era 1888. Mientras lo miraba, Henry se preguntó si su alegría por estar de vuelta en Iowa City era una especie de traición, sobre todo porque allí no pensaba en su padre ni en la granja más que una o dos veces al día. («Y eso es bueno, por el amor de Dios», que diría su madre). Pensó en la *Crónica anglosajona*, pensó en Veda el Venerable, pensó en Defoe, pensó en Rosa Rosa Rosa.

No veía a Rosa desde el entierro de su padre en primavera, pero se escribían dos veces a la semana. No había contado con que Rosa vendría a Denby (que significaba «aldea de daneses»; saberlo le producía una sensación genuinamente placentera), ni tampoco con viajar de Iowa a California, así que tampoco podía decirse que estuviese decepcionado, en realidad, por no haberla visto.

El tono de sus cartas era satírico pero simpático, siempre afectuoso. Ahora Rosa llamaba a su madre, a la tía Eloise, «Heloise»,* nunca «mi madre», y las aventuras de «Heloise»

* Heloise (Eloísa, en español), fue la esposa del teólogo, filósofo y poeta del siglo XII Pedro Abelardo; su correspondencia, *Cartas de Abelardo y Eloísa*, es un clásico de la literatura medieval.

eran fuente de diversión: «Martes, Heloise se quedó sin gasolina en el Bay Bridge, y hete aquí que se había olvidado el bolso en la mesa de la cocina, así que esperó entre el tráfico con un papel en la mano («SIN GASOLINA AYUDA POR FAVOR»), y quién fue a parar para llevarla sino Gary Snyder, que es poeta, más o menos de nuestra edad. Iba en moto y Heloise subió detrás, ¡y fueron a la gasolinera! Me ha dicho que es encantador. Sospecho que un día de estos va a organizarme una cita con él».

Las cartas de Henry, pensaba él, dejaban que desear. Eran detalladas y formales, y con bastante frecuencia se veía alargándose demasiado con cosas que lo entusiasmaban, como el modo en que el sistema de carreteras romanas en Inglaterra había impuesto posteriores fronteras lingüísticas, incluso un milenio después de la caída del Imperio romano. Otra dificultad con las copias a carbón: no se podía borrar. Pero Rosa escribía fielmente; sus cartas eran igual de largas y frecuentes que las de él, y aunque solía hablar sobre sus citas con varios chicos en cafeterías o certámenes de poesía (libertad total, nada de basuras hollywoodienses), nunca mencionaba el mismo nombre en más de dos cartas.

Henry sabía que Rosa sabía que la quería. Firmaba sus cartas con un «Te quiere, Henry». Ella firmaba las suyas con un «Afectuosamente, Rosa». Durante seis semanas, temió la llegada de Acción de Gracias, porque Rosa y la tía Eloise irían a la granja y Henry tendría que verla.

El miércoles que salió hacia Denby, se pasó toda la mañana decidiendo qué ropa llevarse, consciente todo el tiempo de la mochila de su compañero de cuarto junto a la puerta, llena calzoncillos sucios rumbo a Dubuque para la colada semestral.

Rosa llevaba lo mismo de siempre —zapatos negros, pantalones negros, jersey negro—, aunque en el pelo negro se había hecho un peinado distinto, más corto que Henry, y se le veía la nuca. Tenía el cuello largo, Henry no se había fijado hasta ahora. Ni en el lunar en el pómulos, ni en que se comía las uñas, ni en que tenía los ojos marrones. Habían intercambiado ciento

sesenta cartas en total, y Henry no la habría reconocido por la calle. Rosa le dio un abrazo y dos besos en las mejillas, y él se puso rígido. Soy de Iowa de pura cepa, pensó abochornado.

El día de Acción de Gracias en sí fue como el del entierro: sentados a la mesa durante un buen rato, todos se comportaron y hablaron mucho sobre su padre. Estaba en cada habitación, en cada frase, en cada plato de aquella festividad. Extrañamente, estaba en el rostro de todos, también en el rostro de quienes, según decían, no se parecían a él. En cada rostro menos en el de Rosa. Quizá por eso Henry no paraba de mirarla.

Henry no había contado con que cogería a Rosa de la mano, ni tampoco con sentarse a su lado; había imaginado una conversación sobre *Esperando a Godot*, que Rosa había leído, o *El paraíso perdido*, que Henry estaba leyendo. Algo que el viernes por la mañana aún no había sucedido, y quizá por eso Henry estaba remoloneando en la cama cuando la tía Eloise llegó sola de casa de la abuela Mary para desayunar. Como su habitación, perfectamente ordenada y llena de libros, estaba enfrente de la cocina, pudo oírlas bastante bien.

—¿Cómo espera encontrar marido si se viste de esa manera? —fue prácticamente lo primero que dijo su madre—. Y con ese pelo. Fíjate, cortísimo.

Su tía Eloise tenía siete años menos que su madre, pero podrían haber sido veinte por el tono mandón de Rosanna. Henry se tapó la boca con la mano para no hacer ningún ruido.

—Venga, Rosanna —dijo la tía Eloise—. Tiene veinte años. No estoy preocupada. Además, sabes quién es Audrey Hepburn, ¿no? Ese look es el último grito.

—Yo tuve a Frank con veinte años.

—Y mira cómo ha salido. —Eloise tosió. Henry sabía que Eloise estaba de broma, y podía imaginar a su madre meneando la mano—. En fin. Yo tenía casi veinticinco cuando conocí a Julius. Una no se queda con el primero que se le presenta.

Punto para Eloise, pensó Henry.

Se hizo el silencio, y Henry se incorporó despacio en la cama para oír mejor.

—En una ciudad grande, tienes... —continuó Eloise—, en fin, que tienes donde escoger.

—¿Fue así con Julius?

Punto para Rosanna. Henry se mordió el labio. No se acordaba muy bien de su tío Julius, más allá de su acento exquisito y sus formas inglesas, imponentes y articuladas. Henry también lo habría escogido, pensó. Pero Julius había muerto en la guerra, al principio, en la fallida invasión de Dieppe, cuando Henry tenía diez años escasos.

—Pues sí —dijo Eloise—. Por si te interesa, sí, yo fui a por Julius, no al revés. Pensabais que Julius era raro, pero a mí me pareció elegante. Desde la primera vez que lo vi.

Sus voces seguían siendo agradables, o comedidas al menos.

—Bueno —dijo Rosanna, pasado un rato—. Le gustaba discutir.

—Lo sé —dijo Eloise—. Aunque era a lo que estaba acostumbrada, por haberme criado en esta casa con papá y mamá.

Punto para Eloise, pensó Henry.

Alguien arrastró una silla, y luego, un instante después, se abrió el grifo, o sea que era su madre la que se había acercado al fregadero. Henry cogió el libro.

—Mamá sabía que yo tenía otro amigo —dijo Eloise entonces—. Me sorprende que no te lo contara.

El ruido del agua se detuvo.

—No, no me lo contó —dijo Rosanna—. ¿Qué le pasó?

—Volvió con su mujer —dijo Eloise.

Henry pensó que podría entrar tranquilamente en la cocina para ver la cara que tenían las dos.

—¿Mamá lo sabía?

—Lo sabía todo. Me dio consejos.

—¿Y qué diantres te aconsejó mamá? —dijo Rosanna unos instantes después.

—Que si sabía dónde encontrar zanahorias silvestres. Y que si sabría distinguirlas de la cicuta.

—Cualquiera que se haya criado en una granja sabe distinguirlas. —De nuevo silencio, y Henry pensó que igual él no

sabía distinguirlas. Finalmente, Rosanna dijo—: ¿En algún momento tuviste que seguir el consejo de mamá?

Eloise no dijo nada; quizá meneó la cabeza, o asintió, pero Henry no supo cuál fue su respuesta.

Al final, Henry tuvo que conformarse con admirar a Rosa desde lejos. De vez en cuando, ella lo miraba o le sonreía. Reía cuando él reía y se burló de él una o dos veces.

—¿Te gusta el jersey de Henry? —le dijo a Eloise—. Es muy clásico.

Lo llamó «primo Henry» varias veces, en broma, y luego resultó que estaba leyendo un libro que se titulaba así, de Anthony Trollope, o sea que sí tuvieron una conversación a solas, aunque el único Trollope que Henry había leído era *Orley Farm*, para sumar créditos en clase de Literatura Victoriana. Lo mejor fue que, el día después de regresar a Iowa City, había una carta en su buzón, con matasellos de Denby, de Rosa. Había escrito: «Querido Henry, estoy sentada a la mesa del comedor, en casa del tío Joe. El bebé está llorando. Pensarás que estoy haciendo problemas de cálculo, pero en realidad estoy observándote. Estás leyendo algo con letras doradas en el lomo. De vez en cuando miras a Heloise. Me pregunto qué estarás pensando...». Se prolongaba durante tres páginas, y firmaba: «Te quiere, Rosa».

Tina Manning iba a tener su primera fiesta de cumpleaños. Debbie Manning había dibujado a cera las invitaciones en tarjetas, y luego ella y Timmy recorrieron todo el barrio sin compañía para repartirlas. Timmy se portó bien, por una vez. Esperó mientras miraban a ambos lados antes de cruzar la calle y no fingió que echaba a correr delante de los coches. Nunca había echado a correr delante de un coche, la verdad, pero a veces se paraba en el bordillo, dando saltitos, y luego movía el cuerpo como si fuese a hacerlo. En verano, una señora que pasaba gritó cuando lo vio, y Debbie también gritó, y luego Timmy se tiró al suelo de la risa. Debbie pensó que ojalá la señora detuviera el coche y se bajara para darle un bofetón, pero se limitó a menear la cabeza y siguió su camino.

Quince invitaciones le habían costado a Debbie tres días de arduo trabajo. Su madre había tenido que darle unas Oreo para que «conservara las fuerzas», pero Debbie estaba encantada de hacerlo, porque Tina era una niña maravillosa. Había empezado a andar con diez meses, ya sabía decir «Debbie» y estiraba el pie para que Debbie le pusiera el calcetín o se lo quitara una y otra vez. Dentro de muy poco, pensó Debbie, ella y Tina iban a tener un caballo, que guardarían en un arroyo plateado. Debbie tenía un dibujo del arroyo plateado colgado encima de la cama, había gastado casi toda la cera dorada para el caballo y casi toda la plateada para el arroyo. Debbie se aseguraba de que la barrera de arriba y de abajo de las escaleras estuviesen siempre cerradas, para que Tina no se cayese por ellas.

Debbie se puso su vestido navideño de terciopelo rojo para la fiesta y se subió la cremallera lateral ella sola. Luego se

puso sus calcetines blancos con encajes por arriba, y sus merceditas negras. Se miró en el espejo. Estaba muy bien. Abrió la barrera de las escaleras y la cerró con pestillo, luego bajó, sujetándose al pasamanos por si acaso Timmy aparecía y la empujaba. Al fondo de las escaleras, abrió la barrera y la cerró. El reloj del revellín marcaba las seis en punto. Era la única niña de la guardería que sabía decir la hora cada vez que la profesora preguntaba. Aunque era un año y medio mayor que Debbie, Timmy decía que no sabía decir la hora ni recitar el abecedario, pero Debbie sabía que era mentira.

Cuando el timbre sonó, su padre salió del comedor.

—¡Un segundo! —gritó, luego le dio un beso en la frente.

Ella le dio la mano y fueron hasta la puerta. Su padre la abrió. Fuera, al frío, estaban los Meyer, padre y madre, con los dos niños detrás.

—¡Ay, Arthur! —dijo la madre—. ¡Ya veo que estás listo para pasarlo genial!

—¡Mary! ¡Preciosa! —dijo su padre—. ¡Entrad! ¡Hola, niños! A Lillian y Tina están agasajándolas en el comedor, o sea que podéis usar el salón para vuestras batallas, guerreros.

Debbie formó con los labios el nombre «Mary». Cuatro niñas de su clase de primero se llamaban Mary.

Lo mismo se repitió durante un buen rato. Sonaba el timbre e iban a la puerta, y la gente entraba, y la mayoría de las veces le daban a su padre una botella y a Debbie le daban un regalo envuelto y decían: «Bueno, ¿dónde está la cumpleañera?».

La cumpleañera estaba de pie en su parque, y mientras cada grupo de invitados entraba con su regalo, Debbie se los colocaba delante.

Al poco, todos los padres estaban riendo y hablando a voces, y los demás niños corrían de cuarto en cuarto, jugando al pillapilla. A Timmy le encantaba el pillapilla, siempre la llevaba él. Si te pillaba, tenías que sentarte en la silla más cercana y hacerte el muerto. El último niño que pillaba ganaba un premio, pero el premio era un viejo cowboy de juguete o algo por el estilo, nada más.

Finalmente, apareció su madre.

—Deb —dijo—, necesito que me ayudes con la tarta.

Debbie la siguió hasta la puerta de atrás, y luego su madre le dijo que extendiera las manos, y en ellas le puso la tarta amarilla con cobertura rosa que habían preparado la noche anterior. En la tarta ponía con letras verdes «FELIZ CUMPLEAÑOS TINA». La tarta solo tenía un piso, y no pesaba. Debbie la llevó con cuidado en su bandeja de plata hasta el comedor, y todos los niños y padres empezaron a aplaudir.

Su padre había sacado a Tina del parque para subirla a una silla en la cabecera de la mesa. Tina llevaba una servilleta blanca atada al cuello, y tenía todo el pelo de punta. Debbie dejó la tarta en la mesa, delante de ella. Todos cantaron «Cumpleaños feliz», y Tina miró a su alrededor durante un rato, y luego, justo cuando llegaron a «te deseamos Tina», se cayó hacia delante como una muñeca de trapo y metió la cara en la tarta. Cuando se incorporó otra vez, tenía tarta en el pelo y en la barbilla.

—¡Menuda payasa! —dijo su madre, y todos rieron mucho más de lo que Debbie pensó que era necesario.

Justo entonces, Debbie decidió que no quería ninguno de los preñaditos que había ayudado a preparar, ni ensalada de zanahoria con pasas, ni de la otra tarta, la de dos pisos, que sí era para comer. Se apartó, salió a hurtadillas del comedor, abrió la barrera, la cerró otra vez y subió de puntillas las escaleras. En su habitación, las muñecas estaban calladas en la cama. Se quitó el vestido de terciopelo rojo y se puso el pijama de Minnie Mouse.

Por la mañana, el piso de abajo estaba hecho un desbarajuste; todos los ceniceros estaban llenos de colillas, y los vasos que no estaban volcados también tenían colillas dentro. Los regalos de Tina estaban desenvueltos y apilados dentro del parque. Su madre y su padre estaban sentados a la mesa de la cocina con Tina, que estaba comiéndose un biscote.

—¡Aquí está! —dijo su padre.

—Ay, me duele la cabeza. ¿Cómo es que vino tanta gente? —dijo su madre.

—No me gustó la fiesta —dijo Debbie.
—La voz de la inocencia —dijo su padre.
—Creo que ya no nos queda ningún secreto sin contar —dijo su madre—, por cómo se bebió ayer.
—No queda ninguno —dijo su padre—, pero, por suerte, nadie se acuerda de lo que ha oído cuando vuelve a estar sobrio.
Debbie fue a la nevera y encontró un huevo en la puerta. Su madre gruñó, pero se levantó y sacó un cazo. A Debbie le encantaban pasados por agua.

Rosanna, que se había quedado con Annie mientras Joe estaba fuera arando y Lois estaba en el pueblo, lo vio sentado en la baranda del porche delantero. Por su corcova y su mirada de soslayo, supo que era Roland Frederick, que aparentaba por lo menos cien años. Rosanna abrió la puerta.

—¡Roland! —dijo—. ¡Pensábamos que habías muerto!
Tenía los ojos inyectados en sangre como siempre los tienen los hombres que se han entregado a la bebida.

—Ya ves que no —dijo.
¿Cuánto tiempo había estado desaparecido? Años, en cualquier caso. Era el padre de Minnie y Lois. Quizá todos hubieran asumido que había muerto, pero aquella era su casa, ¿no? Annie estaba arriba, echándose la siesta. Rosanna cogió el calcetín que estaba tejiendo. Cuatro agujas, ocho puntos; las sujetó con fuerza y se llevó la mano a la cintura. No te podías fiar de un borracho. Y menos de un borracho cabreado, obviamente.

—Tendrás algo que contar de tus viajes —dijo Rosanna.
—Podría ser —dijo Roland.
Se le abrió un poco la boca mientras miraba a su alrededor, y le faltaban bastantes dientes. Roland Frederick había sido un hombre guapo y un niño aún más guapo; él y su padre, Grafton, se paseaban por el pueblo en una pareja de rucios idénticos cuando Rosanna tenía... ¿doce o catorce años?, y siempre iban bien erguidos, nunca se revolvían en la silla,

ni se reían ni hacían el ridículo como sus tíos, los Augsburgers. Roland había desaparecido durante la guerra, la terrible apoplejía que sufrió su mujer, Lorene, lo sobrepasó demasiado como para quedarse y cumplir con sus responsabilidades. Nadie se sorprendió, y Minnie la que menos, quizá, aunque no había dicho nada al respecto.

—¿Quieres un vaso de agua, Roland, o una taza de té? —dijo Rosanna.

La miró fijamente.

—¿Tu Frank se quedó con la casa cuando se casó? —dijo luego.

Rosanna se rio.

—Por Dios, no. Frank gana una millonada por ahí. Joe se casó con Lois. Tienen una niña. Deja que te traiga algo. Lois hizo galletas esta mañana, y también hay mantecados. Pasa a la cocina y cuéntame dónde has estado metido.

Roland entró sin protestar, sin dejar de mirar a su alrededor, como si fuese una casa desconocida.

—¿Qué haces aquí? —dijo.

—Ay, suelo pasarme. Mi casa se ha quedado un poco vacía. Desde que Walter murió. —No le parecía buena idea mencionar a Annie.

—¿Cuándo fue? —Hablabas con brusquedad, como quien insulta.

—Hace poco más de un año. El corazón.

Le puso un plato delante en la mesa, una galleta con mantequilla y mermelada de cereza, dos mantecaditos cuadrados. Había dejado sus labores en la mesa del comedor, pero sabía dónde estaban los cuchillos. Dentro de la casa, sin embargo, Roland parecía inofensivo.

—Walter siempre creía que lo sabía todo.

Rosanna se puso a la defensiva.

—Bueno, no tengo ni idea, pero siempre admiré tu granja, Roland.

—Quería ponerle las manos encima, eso fijo.

—Creo que Walter sabía que tenía bastante con lo suyo.

—¿Y quién ha plantado el campo norte?

—Mi hijo Joe, y mi hermano John. —Habló con voz clara y radiante. Nunca se sabía qué iba a recordar un borracho y qué no. Fue a la despena a por té.

Nunca había pensado que Roland Frederick tuviera una opinión formada. Era un granjero eficiente con una granja bonita, y luego dejó de serlo. Tenía la casa más bonita y la mujer más admirable; en la zona, todo el mundo los consideraba el señor y la señora Frederick, nunca Roland y Lorene. Cuando la señora Frederick tuvo la apoplejía fue un drama impersonal, trágico pero silencioso, el tipo de drama que abundaba en las zonas agrarias. Ahora, mientras miraba a Roland, Rosanna supo que él también tenía una historia, algo desolador y doloroso por lo que podría reclamarle algo; también a Joe, a Lois, a Minnie. A Annie. Dijera lo que dijera Minnie, la granja era de él. Rosanna sirvió una taza de té y se la acercó, pero él la detuvo con la mano, así que ella la retiró y la rodeó con las manos.

—Bueno —dijo—, qué tal si me cuentas algo de los sitios en los que has estado. —Roland se comió un mantecado y media galleta, pasándose los trocitos de un carrillo a otro antes de tragárselos—. ¿Estás trabajando? —dijo finalmente.

—En el matadero. Omaha.

—Ahí hay trabajo estable.

—Tendría que haber dejado este sitio la primera vez que tuve ocasión.

—¿Cuándo fue eso, Roland?

—Estaba todo arreglado para irme a Chicago a trabajar con un conocido de mi padre en la industria zapatera. Antes de la primera guerra. Iba a empezar con las cuentas, luego de viajante, vendiendo zapatos. Y justo antes murió mi padre, y a mis tíos no les hacía ninguna gracia que me fuera, así que me lo pusieron fácil para que siguiera con la granja. Lorene era mi prima segunda, ya sabes. De los alrededores de Grundy Center, donde vivían tres de mis tíos. Ah, me embaucaron. La gente se moría de miedo con los pecados del mundo. Lorene era buena chica, cuidaba de mis ánimos.

Y entonces apoyó la cabeza en la mesa, con el pelo viejo, sucio y canoso justo encima del platito, y empezó a llorar a moco tendido. Rosanna quitó el plato.

—Estoy segura de que lo hicieron con buena intención —dijo.

—Nunca lo dudaron. Ni eso ni nada.

—Eras un buen granjero. Walter te respetaba. Y Minnie y Lois son muy buenas niñas. Las apariencias engañan. Pero también cuentan.

Roland sorbió con fuerza por la nariz y se incorporó, luego se sacó una bandana sucia del bolsillo y se sonó la nariz. Rosanna cogió el plato, lo llevó al fregadero junto con la tetera. Un segundo después ya no estaba en la habitación, y ella corrió tras él, sin saber bien qué haría si subía las escaleras, pero no lo hizo. Salió por la puerta delantera y se fue sin mediar palabra. Rosanna cerró con llave.

Por la ventana, lo vio bajar los escalones, mirar a su alrededor y encaminarse al coche allí aparcado, un Ford, quizá del cuarenta y ocho. Se quedó un buen rato sentado dentro y luego se marchó. El coche era gris. Lo anotó en una hoja de papel.

Tardó dos días en contárselo a Minnie. Y la verdad, no porque no quisiera ver exactamente lo que vio cuando le relató el incidente a Minnie: cómo dilataba las narinas y endurecía la mirada.

—Más le vale no volver —dijo Minnie.

—Igual no vuelve.

Rosanna no le preguntó de quién era la granja, ni dónde estaban las escrituras. Puestos en lo peor, podían vaciar la casa durante unos años, los pocos que tardara Roland en morir.

—Tu padre está ya a muchos kilómetros de aquí, Minnie.

—Buenas noticias, entonces.

—Eso supongo, sí.

Rosanna nunca supo si Minnie se lo contó a Lois o a Joe. Por su parte, Rosanna pensaba contárselo a la abuela Elizabeth, quizá para enterarse de algo más sobre los tíos de Roland; seguro que tenía dos o tres cosas que decir. Pero al final

no dijo nada, cada vez que abría la boca sentía que había en aquello una especie de traición.

Los gemelos tenían ya dieciocho meses, andaban (y se quedaban de pie y miraban y gritaban y se sentaban), como los demás niños más o menos de su edad, y Andy se sentía cada día más agobiada con los álbumes para bebés que su cuñada le había enviado cuando nacieron. Andy había rellenado el de Janny hasta la página de los seis meses; en la última foto salía sentada en la bañerita con los dedos en la boca. El de Richie y el de Michael ni siquiera tenían fotos. Había fotos de cuando nacieron, pero a Andy le parecían fotos de archivo policial más que de bebés: desnudos en la incubadora, con extremidades pequeñas y flacas y la cabeza rara, sin pelo salvo donde no debería haber, en los brazos y la espalda, como monos. Había guardado los álbumes en el altillo del armario de la habitación de Richie y Michael, y cada vez que abría esa puerta, veía los lomos, blancos, rosas y azules, los objetos más ridículos de su casa modernísima, a punto de acabar en la basura.

Pero era incapaz de hacerlo. Tirarlos significaba rendirse definitivamente, reconocer que sus instintos maternos no existían, que nunca habían existido, que nunca existirían, daba igual el cariño con que les hablara a sus hijos, o que hablara *de* sus hijos, daba igual que los tocara con delicadeza, acariciándolos como si fuesen gatos, que les sonriera, que parloteara con voz de bebé como el libro decía que hiciera, daba igual que siguiera a rajatabla las indicaciones del doctor Spock,* como había seguido cada norma durante toda su vida. Su madre aún se reía de la vez en que, a los ocho años, había discutido con Andy a gritos para que limpiara su habitación. Su padre entró en la cocina, cogió una hoja de papel y escribió las normas (en noruego), que luego clavó a la puerta:

* Benjamin McLane Spock (1903-1998), pediatra estadounidense y autor de *El libro del sentido común del cuidado de bebés y niños*.

1. Elske Gud
2. Adlyd din eldeste
3. Elske din neste
4. Bo ren i kropp og sinn
5. Alltid fortelle sanheten
6. Sett bort sinne

«Ama a Dios, respeta a los mayores, ama al prójimo, limpia cuerpo y mente, di siempre la verdad, repudia la ira». Lo gracioso fue que, una vez anotadas, las siguió al pie de la letra. El papel ondeó en la puerta de su cuarto durante años, algo gracioso para ellos y una carga para ella.

Había muchísimas cosas sobre sus hijos que no sabía. Podía repasar la lista, sentada en el comedor con un cigarrillo en una mano y el cenicero en la otra (siempre vaciaba el cenicero después de fumarse un cigarrillo; aplastaba la colilla una y otra vez hasta dejarla fría y plana; ¿y si un rescoldo saltaba hasta las cortinas y se quemaba la casa?). No sabía si eran adorables. No sabía si eran listos. No sabía si les caía bien o si se caían bien el uno al otro o si les caía bien Frank. (¿Y cuánto veían a Frank, en realidad? No mucho). No sabía si eran felices o difíciles o unos malcriados o si se comportaban como correspondía a su edad. Un ejemplo: Michael, que ahora pesaba casi once kilos, acababa de pasar junto a Richie, que pesaba diez kilos y medio, y lo había tirado de un empujón. Richie se sentó enseguida sobre su trasero y empezó a llorar, luego se tumbó de golpe boca arriba y empezó a dar patadas. ¿Michael había tirado a Richie a propósito? ¿Era su intención hacerle daño? ¿Richie se había hecho daño o solo estaba enfadado? Cuando Michael se echó a llorar un instante después, ¿estaba reaccionando a las lágrimas de Richie? Luego, cuando la puerta del cuarto de Janny, en la planta de arriba, se cerró de sopetón, ¿el portazo había sido a propósito? ¿Podía una niña de tres años dar un portazo de enfado? Andy nunca lo había hecho, eso seguro. ¿Janny se había enfadado por algo? Si no hubiese tanto llanto en la habitación, ¿alcanzaría a oír si Janny se había pillado los dedos con la puerta?

Andy se levantó del sofá y se acercó al pie de las escaleras. No oyó llanto, o sea que Janny se encontraba bien, seguramente. Desde el almuerzo, ya le había preguntado a Janny tres veces si se encontraba bien.

Se acercó a Richie y lo puso de pie. Lo cogió de la mano y lo llevó hasta el cajón de los juguetes y buscó su libro favorito (lo encontró, era *Una visita de san Nicolás*). Lo abrió por la página en que mamá con su toquilla y yo con mi gorro nos tumbamos en la cama. Richie se sentó de golpe y miró fijamente el dibujo. Podría salir con los niños y desvestirlos y sentarlos en la piscinita —hacía calor ese día—, y asegurarse de que hubiera cinco centímetros de agua y no quitarles el ojo de encima en ningún momento, por si acaso se caían.

Sonó el timbre y Andy se inclinó hacia delante. Vio que Alice Rosen hacía visera con la mano, pegaba la nariz y la barbilla a la ventana junto a la puerta. El timbre sonó otra vez. La puerta del garaje estaba abierta, y el Rambler estaba aparcado dentro, o sea que Alice sabía que no andaba lejos. Alice era graciosa y amable. Igual estaría bien que Alice pasara por la puerta de atrás, ir en su busca y agasajarla con una caja de cannoli, algo que a veces le apetecía compartir. Pero Andy no se movió, y Alice desapareció. Se oyó un coche alejándose. Andy sintió algo rarísimo: como si su cuerpo se vaciara de algo, como si hubiese sentido placer o ilusión sin saberlo, y acabara de llevarse una decepción.

Michael también había oído el timbre, y sabía lo que significaba. Fue hacia las escaleras, y cuando llegó al primer peldaño, miró hacia abajo.

—¡Papá! —dijo. Quizá vieran a Frank más de lo que Andy estaba dispuesta a admitir.

Luego Michael se dio la vuelta y se arrodilló, puso las manos en el primer escalón y bajó de espaldas los cinco peldaños enmoquetados. Frank no creía en las barreras, ¿para qué vivir en una casa de dos pisos si ibas a restringir su libertad? Cualquier niño podía caerse por cinco o seis escalones y vivir para volver a intentarlo. Michael se dio la vuelta, se sentó en el

penúltimo escalón de abajo y dio patadas. Richie soltó el libro y se levantó. Cualquier cosa que Michael hiciera, Richie tenía que hacerla también. Tenía el pañal empapado, pero Andy no terminaba de decidirse a cambiárselo. En su lugar, fue a la mesa y cogió el cenicero y el paquete de Lucky Strike.